

Por esto, dulce Esposa, te bendigo;
Y gozando tu amor, siento qué muero,
Y muriendo, eternal vida persigo.

ESPOSA.

¡Oh! tú, mi Pastorcillo, del otero
En que el rebaño pace, el más gallardo,
Hoy veo que tu amor es verdadero;

No es amor de apariencia, ni bastardo:
Cuando una chispa el corazón inflama,
En los incendios que se engendran ardo.

¡Hermoso eres! El astro que derrama
La luz mayor, y Sirio centellante
Nada son á los ojos de quien te ama.

¡Con qué firmeza llevas el reinante
Cayado! Bajo de él duermen seguras
Las ovejas, del lobo amenazante.

Los sanos frutos y las aguas puras
Disciernes bien; y á ellos los conduces
Con violencia de célicas dulzuras.

En los fértiles prados y arcaduces
Cristalinos el lobo las acecha,
Y huye al sólo reflejo de tus luces.

¡Con gozo lo recuerdo! . . . en las ardientes
Playas del Golfo mexicano, un día
Quiso en tí hincar los afilados dientes.

Fué justo escarmentar de su osadía,
Cuando intentaba aniquilarte fiero,
Ver que nimbos de gloria te ceñía.

Con la piel hoy vestido de cordero
Te finge amor filial, blando te halaga;
Mas no te engaña hipócrita, ni artero.

Tú lo has vencido en época aciaga
Para tí, como puede ser vencida
Bestia, que de iras vive y se embriaga.

Para hacer presa aguarda tu partida
A otras regiones. Tu partida sea,
Mas antes quede sin aliento y vida.

¡Ah cómo se deleita y se recrea
El corazón, cuando al recuerdo vivo
De tus hechos, despierta y se caldea!

¡Y cuánto á tí mi amor, en él nativo,
Se acendra, se sublima y engrandece,
Hoy que te miro indiferente, esquivo!

Si la causa soy yo, porque padece
Desmayos tu alma, de ello me arrepiento. . . .
¡Vuelve en tí que la Esposa desfallece!

¡Renuévase el primer grato momento
De bodas que son hoy, aunque pasaron,
Como fueron ayer, dicha y contento!

No en balde en áureos timbres resonaron
Las horas, de los dos para memoria,
Que medio siglo de oro remataron.

¿Qué deseas de mí para tu gloria
En honor de esa fecha inolvidable?
¿Sobre tus enemigos la victoria?

PASTOR.

Bien la quisiera, de fulmíneo sable
No al golpe, sino de palabra santa
Al imperio libérrimo, inefable.

Sería ver tu triunfadora planta
Sobre tus enemigos, ya sin bríos,
Pues no tengo otros en miseria tanta.

Pero ese triunfo, prestos ó tardíos,
Los tiempos contarán, y sus fulgores
Tal vez no mirarán los ojos míos;

Aunque serán testigos de él Pastores
Más dignos de tu amor, pues anunciado
Está por Dios á esclavos y á señores.

Hoy gozo en ver tu barco arrebatado
Por bravas olas, porque más se eleva
Al cielo, puerto en soles asentado.

Así el arca que toda carne lleva,
Al tronar el diluvio, se alza al monte,
Que paraíso fué de vida nueva.

Mas si á mi gozo quieres horizonte
Abrir más amplio, lo pasado evoca,
Antes que el sol espléndido tramonte.

Bésame con el beso de tu boca,
Como há diez lustros, inundada en lloro
De ventura que límites no toca.

Y bríndame á comer del grano de oro,
Cuya sustancia, á mi palabra queda
Convertida en el Dios á quien adoro.

Y dame de beber, plácida y leda,
Del bermejo licor: algún racimo
Ha de ocultarse aún en la arboleda.

¡Ah! cuando bebo de ese fruto opimo,
Si no me siento Dios, á Dios me siento
Unido, y á su sombra y á su arrimo!

ESPOSA.

¡Vamos, Esposo, ven! aquel sarmiento
Lleva el purpúreo fruto, y esta espiga
El grano, tu bebida y tu alimento.

Subirémos después, ya sin fatiga,
A los collados, donde el bien abunda,
Y una felicidad á otra se liga.

Allí celebrarémos la yucunda
Fecha de nuestra santa unión arcana,
Más apretando la inmortal coyunda.

¡Vamos, Esposo, ven! de la mañana
Soplan los frescos aires todavía,
Y aun no tramonta el sol cielos de grana.

El rebaño ya asoma por la vía
Que al aprisco conduce, entre las flores
Triscando, radiante de alegría.

Viene á mostrar ufano sus amores
Al amado Pastor, en los balidos,
Que ser suelen alivio á sus dolores.

¡Vamos, Esposo, ven! ahora unidos,
Como ayer, y arrobados en delicias
Y goces, de la tierra no entendidos,

Serán tuyos mis besos, mis caricias,
Y mi amor, sobre todo, que parece
Ser lo más grande que de mí codicias.

POETA.

Y como meteoro que esplendece,
Y no vuelve á brillar, de la floresta
La pareja gentil desaparece.

¿A dónde va?... De un ángel la respuesta
Esperad; no de mí, que del misterio
Subir no puedo á la montaña enhiesta.

Absorto quedo aquí bajo el imperio
De la célica voz, que aun suena grata
De confín á confín del hemisferio:

Bañándome en la luz, que aun se dilata
Por espacios de espléndido zafiro,
En ondas puras de bruñida plata;

Y gozando, en insólito retiro
Y en nueva criación, de las blanduras
De una gracia que siento y que no miro.

Mientras Pastor y Esposa, estas oscuras
Regiones olvidando, á Dios levantan,
En éxtasis de amor, sus almas puras.

Y ante su excelso trono que abillantan
Luces eternas, de sus Bodas de Oro
El venturoso aniversario cantan;

Esperando, ya dueños del tesoro
De la gloria de Dios, Las de Diamante
Luego cantar, en el celeste coro.

En ellas no hay dolor que almas quebrante,
Mas perenne delicia que embriaga.
¡Llegue pronto... no... aléjese el instante...!
No: del Señor la voluntad se haga.

RAFAEL GÓMEZ.